CAPITULO XXXV.

Continúa el anterior.

Jaime tomó una silla y se sentó cerca de Rosa, fijando en el niño una mirada paternal, que no se escapó á la penetracion de la pobre madre.

—¿No es verdad que está muy hermoso?... dijo ella.

—Ciertamente: y tú ¿no podrás menos de querer su felicidad?... esclamó Jaime clavando en la infeliz que se estremeció vivamente una mirada escrutadora.

—Oh! sí; solo su dicha y la tuya; pero ¿por qué me dices eso? me parece que esta noche vienes sombrío y receloso, ¿tienes alguna queja de mí?...

—Eso debo yo decirte, porque tu recibimiento no ha correspondido al cariño que me tienes manifestado; contestó Jaime.

—Es verdad: perdóname; pero yo no me puedo esplicar la causa de este fenómeno. Te esperaba, como todas las no-

ches con la mayor ansiedad, y en igual de alegrarme tu venida me entristece.

—Es que tu corazon adivina que nos vemos por la última vez, Rosa, y sin embargo, yo te quiero siempre.

—Por la última vez!... esclamó ella aterrada.

—Por la última, sí; las exijencias de mi posicion y de mi clase lo exijen así.

—Desdichada!... murmuró la infeliz cubriéndose la cara con las manos.

—Escúchame, Rosa y no llores; sabes que las lágrimas me enfadan, me atacan á los nérvios y no las puedo sufrir; tú eres una mujer juiciosa; oye, oye pues, la voz de la razon.

Rosa enjugó su llanto y estremeciéndose visiblemente escuchó á Jaime.

—Tú conoces las dificultades con que yo he tenido que luchar para sostener estas relaciones que nos unen hace cuatro años; por mas que hemos procurado tenerlas secretas, mi familia se ha enterado, porque el pueblo murmura, lo califican de escándalo que nunca han visto, y alarmados los padres de familia por lo que juzgan un mal ejemplo para sus hijas, han acudido en queja á mi padre, que no solo me impone como un deber romper estos lazos, sino que me obliga á casarme.

—Casarte!... Oh! Dios!... gimió Rosa.

—Sí; casarme! ¿qué te asombra?

—Por la primera vez de mi vida debo recordarte que te seguí abandonando mi familia y el honrado techo paterno fiada en tu palabra de caballero; me juraste ser mi esposo!...

—Eso es un sueño; en un momento de exaltacion hice promesas que no debia cumplir y que es nécio por tu parte el recordar.

Rosa le dirigió una mirada llena de reproches pero no se atrevió á replicar.

El prosiguió con voz pausada.

—Mi familia, que es como tú sabes una de las mas ilustres de Aragon, debe enlazarse con otra de su clase, la alianza con una desigual seria deshonrar el nombre de mis padres y eso no puedo yo hacerlo jamás.

—Sin embargo has podido deshonrar el de los mios que no tenian mancha ninguna en su vida!... esclamó Rosa chispeantes ya de indignacion sus ojos garzos.

—Tú lo has querido... esclamó él con aterradora frialdad.

—Está bien; continúa; murmuró Rosa, con voz sorda.

No dijo mas; pero se puso muy pálida, sus ojos se inyectaron de sangre y sus labios tomaron un tinte azulado.

Jaime la miró y se detuvo un momento.

Era la primera vez que en aquel rostro de espresion siempre tan amorosa y tan humilde, veia brillar una ráfaga de cólera.

Hubo un instante de silencio.

Rosa le interrumpió diciendo á Jaime con una voz que nunca habia oido:

—Y bien; es decir que nuestros amores han concluido, y has resuelto casarte?

—Sí; esa es la verdad; pero yo no quiero ser nunca ingrato contigo, y he asegurado tu porvenir y el de nuestro hijo; aquí tienes una escritura de propiedad de esta casa y

de algunas fincas; y mil duros en dinero, para que puedas establecer algun comercio honroso; siendo rica, no te faltará algun muchacho de tu clase con quien casarte y puedes ser feliz.

Al decir esto entregaba á Rosa en un taleguito lo que llamaba sus riquezas.

Ella tuvo que hacer un esfuerzo supremo para contener su indignacion; sus ojos chispeantes de furor arrojaban llamas y como la pantera que se siente herida en lo mas profundo de su alma se irguió súbitamente, y arrojándolos con indignacion por la ventana que habia quedado entreabierta, esclamó con voz temblorosa por la cólera:

—Miserable!... te crees tú tener bastante dinero para comprar el amor y la honra de una mujer!...

—Rosa!... murmuró Jaime asombrado ante aquella figura imponente, que se levantaba ante él como la diosa de la venganza y de la ira.

—Yo era una niña inocente y buena que dormia tranquila en el hogar honrado de mis padres, tú fuiste á infiltrar en mi corazon el veneno del amor; te seguí engañada por un juramento y por un amor finjido; por la palabra del caballero, que hoy arrastra por el lodo y pisotea el indigno descendiente de la mas ilustre casa de Aragon.

—Rosa!... no me insultes...

—Si no me creias digna de llegar hasta tí, por qué bajaste tú hasta mi humilde condicion, á robarme el tesoro de mi honra, la tranquilidad de mi conciencia, la felicidad de mi vida, como roba un bandido cobardemente y á traicion al infeliz caminante?...

—Oh! concluyamos!... esclamó Jaime pudiendo apenas

contener la aterradora fascinacion que aquella mujer siempre tan humilde ejercia en él presentándose bajo una nueva faz, por completo desimpresionada de la ciega pasion que la habia dominado hasta entonces.

—Concluyamos, sí; murmuró ella con voz enronquecida y llevando en su rostro la palidez de la muerte. Este amor ha sido una pesadilla que hoy se desvanece y voy á recobrar mi libertad; gracias!... yo sufria una enfermedad moral, que ha curado V. de un golpe. Muchas gracias, caballero; nuestros lazos están rotos, y todo ha cesado entre nosotros.

La frialdad de aquella mujer, su aterradora calma, asombraban á Jaime que no podia penetrar su designio.

Ella se levantó, fué hácia la alcoba, trajo un abrigo que se puso y otro para el niño, y se inclinó á levantarle de la cuna, resuelta sin duda á marcharse de la casa.

Jaime adivinó su intencion, y rechazándola se interpuso y esclamó mirándola fijamente.

—Este niño me pertenece, y ya te he dicho, que tengo asegurado su porvenir.

—Mi hijo!... mi hijo!... jamás!... yo perderle, eso nunca; consentiria perder cien vidas antes que dejártele: atrás, déjamele, y abandono para siempre esta casa que nunca he debido pisar.

—Desdichada!... y dónde irias con él?...

—Me iré donde nadie me conozca; en este pueblo se me desprecia, se me humilla porque no he tenido valor para resistirte y tienen razon; iré pues, á cualquier punto léjos de aquí, y ganaré su pan y el mio con el sudor de mi frente.

—Tú estás loca!... dijo Jaime, temiendo verdaderamente por su razon; irias á buscar su muerte y la tuya por esos campos con una noche como esta!... ¿Prefieres la miseria para tu hijo cuando yo le ofrezco la fortuna y la felicidad?

Esta reflexion hizo vacilar á Rosa; soltó el abrigo, se quedó profundamente pensativa y fué á cruzarse de brazos delante de Jaime.

—Yo daré á este niño un nombre y una posicion; dijo él, reflexiónalo bien Rosa; y cree que soy demasiado bueno al obrar así, y si he tolerado tus insultos es por que no puedo olvidar tan pronto que te he querido. Pero las leyes sociales son inexorables; yo he cumplido contigo como caballero, y como hombre honrado; aseguro tu porvenir y si no tienes bastante dinero te daré mas.

Rosa muy preocupada ni siquiera le oyó.

El aristócrata envanecido con sus blasones creia reparar con un puñado de oro el mal que habia hecho. Era demasiado precioso su amor para concederlo á una pobre mujer nacida del vulgo.

Y sin embargo ni con todas las riquezas del mundo podria él conseguir el amor en que se abrasaba, por otra muger.

CAPITULO XXXVI.

Sacrificio maternal.

Rosa levantó por fin la cabeza, y como si tratara de potencia á potencia, libre ya de las trabas con que antes se sentia tan subyugada delante de Jaime, le miró fijamente y esclamó:

—Me pides el consentimiento para llevarte mi hijo?... y bien qué destino le reservas?...

—Yo no debo, ni puedo en esta ocasion darte cuenta de mis proyectos; bástete saber que su porvenir está asegurado; con que déjame, pues marchar, y concluyamos.

Jaime tomó en un brazo el abrigo del niño y se dispuso á sacar á éste de la cuna.

—No te le llevarás; dijo ella oponiéndose; este hijo es mi salvacion; en tu casa será un malvado como tú; yo le enseñaré á trabajar y será un hombre de bien.

—No quiero sostener mas tiempo contigo, una conversacion inútil, mi resolucion es irrevocable, déjame partir, y no me obligues á emplear la violencia; repuso Jaime ya

irritado y perdiendo la afectada calma que habia conservado hasta entonces.

Pero Rosa se defendia palmo á palmo, y sin dejarle apoderarse del niño, le gritó dominando la cólera sorda que fermentaba en su alma.

—Ya que me has perdido, ya que me has hecho la mas desgraciada de las mugeres, no me arrebates el único consuelo que me queda en mi amarga desesperacion.

Con el amor de mi hijo, por él yo seré buena, yo apagaré en mi alma esta pasion funesta que me ha arrastrado hácia tí, y seré digna de él observando, durante mi vida, una conducta irreprochable.

—No te le dejo, nó; decia él con obstinacion.

—Mira que abres ante mí un camino de perdicion..... por piedad Jaime, no me quites mi hijo, él será mi escudo, mi redencion...

—Nó, nó, es imposible!...

—Mirame de rodillas!... compadécete de esta infeliz, que no ha cometido otro crímen que amarte demasiado.

—Te he dicho que nó; repuso Jaime.

—Por lo que mas ames en el mundo, por tu bendita madre... no me arrebates mi única felicidad sobre la tierra.

—Imposible!... ese niño tiene mas altos destinos que cumplir, no le he de sacrificar á tu egoismo.

—Egoismo!... egoismo yo, que daria por él mil vidas que tuviera!... esclamó Rosa, demudada, con el cabello tendido, con las facciones descompuestas, arrastrándose por los suelos y pugnando por abrazar las rodillas de Jaime.

El niño se despertó, y Jaime lanzándose hácia él le sacó de la cuna y le sentó en sus rodillas cubriéndole con

el abrigo que aun conservaba en el brazo. El angelito le sonrió.

—Hijo mio!... hijo de mi alma!... esclamó Rosa tendiendo los brazos hácia él.

Pero el niño se volvió hácia Jaime que lo estrechó contra su pecho gritando, nó, nó..... no voy contigo..... mamá.. nó.

Y empezó á jugar muy satisfecho con las golosinas de que le llenó Jaime el revés de la pandereta.

La infeliz madre que habia contenido sus lágrimas hasta entonces rompió á llorar desesperadamente.

Los sollozos ahogaban su voz.

Jaime se levantó dirigiéndose hácia la puerta con el niño.

—Por piedad!... Jaime; por piedad!... ten compasion de una madre infeliz!... gritó con los brazos tendidos hácia él!... Déjame seguirte; yo te serviré como una esclava, yo seré en tu casa la última de las criadas, nadie adivinará lo que ha pasado entre nosotros, por que sabré ocultarlo en lo mas profundo de mi alma... pero déjame ir... déjame que yo vea crecer á mi hijo... y vivir á su lado.

—Imposible... no puede ser; dijo Jaime ya cerca de la puerta.

—Serviré á tu mujer, me haré querer de ella, seré humilde y obediente, te amaré en silencio sin que nadie se penetre de mi afeccion, Jaime de mi alma, tú el único amor de mi vida!... no seas tan cruel!... no me asesines por piedad!...

Y levantándose súbitamente corrió hácia él se le opuso y quiso detenerle, entablándose una lucha cuerpo á cuerpo.

—Atrás, no seas loca!... la decia él; este niño es una perdicion para tí; sola y libre y rica te podrás casar y ser feliz.

—Sin tu cariño y sin mi hijo no puede haber en el mundo felicidad ninguna para mí!...

Habian llegado uno trás otro y luchando siempre á un patio, en el cual estaba la puerta que daba al campo, delante de la cual se veia el carruaje que habia llevado Jaime y un criado dispuesto á abrir la portezuela.

Jaime le llamó.

Exasperada ya Rosa, cansada de las súplicas, se entregó á la violencia, y como la leona herida cuando la arrebatan sus hijos, llenaba de apóstrofes y de injurias á Jaime.

—Toma el niño; gritó al criado.

Este obedeció y le llevó hácia el coche, lo que asustó un poco á la criatura ya alarmada por los lamentos de su madre y empezó á llorar.

—Mi hijo!... mi hijo!... no me robes mi hijo asesino!... gritaba ella con desesperacion.

Jaime temiendo que se alarmasen en el pueblo la cogió con violencia y empujándola dentro de la sala la arrojó sobre el sofá desde donde cayó al suelo sin sentido, y echando por la boca una espuma sanguinolenta.

Salió precipitadamente, cerró las puertas y montando en el coche, mandó poner á escape las vigorosas mulas dirigiéndose por el camino real hácia la frontera francesa.

Los vecinos de Moralejo no se apercibieron de esta trágica escena; ahogándose los gemidos de la pobre Rosa, con los silvidos del huracan, y con el alegre ruido de las panderetas zambombas y rabeles, con que celebraban en todas las casas del pueblo, la noche buena.

BIBLIOTECA REGIONAL JOAQUIN LEGUINA Comunidad de Madrid

CAPITULO XXXVII.

Dolor profundo.

Al amanecer del siguiente dia, la tia Gervasia que era muy madrugadora se levantó y saliendo de su casa, que como hemos dicho estaba contigua á la de Rosa y tenia tambien salida al campo, se fué á misa ó por lo menos en direccion á la Iglesia.

Pero tenia que pasar delante de la puerta de la casa de la jóven, y se asombró de encontrarla abierta á aquellas horas como igualmente la ventana. Iba á entrar cuando sus ojos tropezaron en un saquito que sacudió con el pié encontrándole bastante pesado.

Le cogió y examinándolo vió que contenia dinero y papeles; no dudó un momento de su pertenencia porque estaba al pié de la ventana, y esta abierta; debia por lo tanto habérsele caido á Rosa ó acaso á Jaime que habria estado aquella noche á visitarla.

Sin vacilar se entró por el patio adelante llamando á

gritos á la jóven; pero su franca y alegre voz no encontró respuesta ninguna en la casa.

Sin alarmarse por este silencio creyó que Rosa habria ido á misa segun su costumbre y pensó quedarse con el niño hasta que volviera; con esta idea abrió la puerta de la sala.

Rosa aterida, rígida, inmóvil, permanecia en el suelo al pié del sofá privada de sentido.

—Rosa!... hija mia!... esclamó la pobre mujer lanzándose hácia ella; te has puesto mala!...

Y cogiendo un vaso de agua empezó á rociarla el rostro, luego corrió á la cocina, llevó un poco de vinagre y empapando un pañuelo se lo hizo aspirar y la frotó las sienes, con lo cual logró al cabo de un rato hacerla volver en sí.

El primer momento fué de estupor; perturbados sus sentidos no tenia conciencia de su desgracia ni recordaba lo que habia pasado.

Una penosa sensacion de frio intensísimo la hizo estremecer pretendiendo levantarse del suelo con el apoyo de la tia Gervasia.

Su debilidad era estremada como si en la lucha gigantesca de la noche anterior se hubieran agotado todas sus fuerzas; sin embargo consiguió ponerse de pié.

Tendió en su derredor la atónita mirada y fijándola en la cuna vacía de su hijo, recobró súbitamente la memoria y lanzando un agudo y angustioso grito esclamó!...

—Mi hijo!... mi hijo!... me han robado mi hijo!...

—Jesus!... qué dice!... está loca!... murmuró la tia Gervasia... y para cerciorarse fué hácia la cuna, el niño no

estaba... entró en la alcoba tampoco, y la cama estaba intacta, Rosa no se habia acostado.

Asombrada volvió á la sala y miró á Rosa que permanecia inmóvil, con los ojos desmesuradamente abiertos y fijos sobre la cuna, en actitud como de coordinar sus ideas recordando lo que habia pasado por ella, que le parecia un horrible sueño de su acalorada fantasía.

De pronto saltó sobre la cuna, palpó las ropas del niño, las apretó contra su corazon, las besó cien veces, quiso llorar, pero se ahogaba y sentia una opresion en el pecho que la iba poco á poco quitando las pocas fuerzas que la quedaban.

—Pero quién se ha llevado el niño?... quién; decia la tia Gervasia con voz fuerte.

Tuvo que repetir muchas veces la pregunta, porque Rosa en el parasismo de su dolor habia caido en tierra desolada, y no podia ni articular una palabra.

—Él!... él! Jaime; murmuró al fin, me abandona, vá á casarse!... y se ha llevado nuestro hijo!... para que yo no le vuelva á ver!...

Con este esfuerzo supremo el vigor de la pobre madre se estinguió por completo y volvió á caer sin sentido atacada al propio tiempo de convulsiones nerviosas.

La tia Gervasia fué corriendo á llamar al médico que vivia á dos pasos de allí, que acudió enseguida y entre los dos la trasladaron á la cama, empezando á propinarla aquellos medicamentos que la ciencia aconseja en semejantes casos.

Pero todos inútiles, porque puede muy poco la ciencia en las enfermedades del alma, y la infeliz Rosa estaba herida de muerte!

Veinte dias pasó gravemente enferma, su estado desesperado hizo necesario llamar al sacerdote para que la administrase los auxilios espirituales, avisando al tio Andrés para que acudiese á recojer el último suspiro de su desventurada hija; pero éste que era un hombre inflexible en tratándose de su honra, contestó que hacia muchos años habia muerto para él la única hija que tuvo.

Se encontró la infeliz sola, sin familia, pero rodeada de corazones bondadosos y caritativos que nunca faltan en el mundo, que la cuidaron con el mayor cariño, sin abandonarla un solo momento. Estos eran la tia Gervasia, el señor cura, el médico y algunas otras personas piadosas que sobreponiéndose á las preocupaciones vulgares, comprendieron su inmensa desgracia y acudieron á consolarla en aquel amargo trance.

Su juventud y su robustez triunfaron al fin del mal; recobró la salud física; pero no la moral; su espíritu ilumi-nado vivamente por aquella nueva decepcion, la hizo formar muy mala idea del mundo, de la sociedad y de los hombres. Cuando empezó á levantarse se sentaba en el sofá y tenia fijos siempre los ojos en el cuadro de la Magdalena arrepentida á los piés del Señor.

Las palabras consoladoras del señor cura, sus escitaciones de misericordia y de mansedumbre penetraron hasta lo mas profundo de su alma y la hicieron desear con ansia el perdon de su padre.

Sabia la contestacion de éste, y desde aquel momento ya no tuvo mas idea que ir á arrojarse á sus piés, y hacer á su lado una vida ejemplar de penitencia y de arrepentimiento.

Animada por esta plácida esperanza pasó su convalecencia que fué larga sin olvidar un momento á su hijo y derramando todos los dias lágrimas por él, pero llena de uncion religiosa, de cristiana resignacion, habia tomado aquella desgracia como un castigo á su falta y aunque sufria mucho, se sometia á la voluntad de Dios.

Rosa tenia muy buen fondo y un gran corazon. Sin odiar aun á Jaime sentia en su pecho debilitada su pasion: ya no le amaba, no deseaba verle, y estaba muy pesarosa de no haber ahogado antes en su corazon aquel amor fatal.

Antes era un hombre irreprochable, no tenia para ella ningun defecto, creyéndole en su ciega ternura un semidios, ahora caida ya la venda de sus ojos, le contemplaba tal cual era, arrebatado, brusco, cruel, ambicioso, sin entrañas y sin corazon.

Cuán diferente se presentaba á sus ojos Leon, el jóven capitan de coraceros!... Los dos únicos hombres que habia conocido. Y sin embargo los dos fueron para ella muy ingratos.

Tanto que llegó á pensar si seria general la ingratitud en el sexo masculino.

Le faltaba á la infeliz la última y la mas cruel decepcion.

Estaba terminando el mes de enero; unos frios horrorosos acompañados de nieves y ventiscas hacian imposible el tránsito por los caminos: apesar de todo, Rosa se sentia fuerte y firme en su resolucion, se levantó temprano el último dia de enero, fué á la iglesia, confesó y comulgó, oyó misa, fué después á despedirse del señor cura y de las mu-

jeres que la habian visitado durante su enfermedad, concluyendo por entrar en casa de la tia Gervasia que la recibió llorando de alegría.

—Gracias á Dios!... esclamó; ya por fin sales y entras, hija mia, cuando creíamos que no podrias resistir á tu enfermedad y á tu dolor.

—Es que la religion tiene un bálsamo muy poderoso, y á ella le debo mi salvacion: dijo Rosa sentándose tristemente junto al modesto hogar.

—Y qué piensas hacer? la preguntó la anciana.

—Me marcho hoy mismo á implorar el perdon de mi padre; si le consigo, si me dejan vivir á su lado, aun podré ser feliz; si por el contrario me le niegan, undiéndome otra vez en el abismo de la duda y la desesperacion, no sé entonces lo que será de mí.

—Te vienes á tu casa, hija mia; eres rica y puedes vivir independiente; la contestó la anciana.

—Ay! no señora; esas riquezas son el precio de mi honra y estando en el camino del arrepentimiento y de la penitencia yo no las puedo aceptar: V. se quedará en mi casa hasta que vea la resolucion que tomo sobre ellas.

El abatimiento mas profundo se pintaba en las facciones de Rosa.

Su corazon oprimiéndose dolorosamente la pronosticaba todavía males sin cuento en su azarosa existencia, y sin poder contener sus lágrimas, salió abrazando á la tia Gervasia que la habia servido de madre; prorumpiendo en sentidos y congojosos lamentos.

Durante algunos minutos permanecieron las dos muje-

res abrazadas sin que se oyera mas ruido que el de sus sollozos; por fin se separaron y Rosa corrió hácia su casa cerrando la puerta por dentro, deseosa de estar sola, un momento antes de partir para siempre de aquella casa donde tanto habia sufrido.

CAPITULO XXXVIII.

Arrepentimiento.

Despues de dar tréguas á su dolor, la primera operacion de Rosa fué quitarse la ropa que tenia puesta y vestir otra vez el modesto traje de labradora aragonesa con que habia salido de la casa de sus padres.

Vestida así se miraba al espejo y la parecia un sueño cuanto habia pasado por ella durante cinco años que transcurrieron desde su fuga de la casa paterna.

Pero las vivas punzadas de su corazon, el recuerdo de su hijo cada vez mas ardiente en su alma la presentaban desnuda la horrible realidad.

Se veia sola, sola en el mundo con su dolor y con sus lágrimas. Tenia veinte años y era ya una anciana, tanto habia sufrido y aprendido. Ya no hallaba en torno suyo ni ilusiones lisonjeras, ni plácida la sonreia una esperanza de felicidad.

Animada siempre por la fé religiosa que la habia sostenido hasta entonces manteniéndola en su piadosa resolu-

cion, no quiso llevar nada de aquella casa y aunque era un tormento horrible abandonar sus queridos recuerdos, se lo impuso como penitencia y fué guardando en una cómoda todas las prendas pertenecientes á su hijo, despues de empaparlas con sus lágrimas y de tributarlas mil ardientísimas caricias como si las hubiera recibido la misma angelical criatura.

Guardó tambien los objetos que la habian servido habitualmente y cuando todo estuvo arreglado se arrodilló delante de la Vírgen del Pilar, permaneciendo casi una hora en tierna y fervorosa oracion delante de la escelsa patrona de los aragoneses que la habia siempre consolado en sus tribulaciones.

Se arrodilló tambien ante el Santo Cristo y ante la Magdalena, á los piés del Salvador que la habia inspirado su arrepentimiento sincero y sus ideas de mansedumbre y de perdon.

Luego fué despidiéndose con tiernísimo afecto de sus tórtolas, de las palomas, y de las aves caseras que habian entretenido tantas veces su triste soledad.

Por último dirigió una triste mirada á aquella alegre casa, que iba á quedar solitaria y sombría durante su ausencia y apoyándose en un grueso baston, salió por la puerta del campo, tomando resueltamente, pero con melancólica actitud, el camino que debia conducirla al monte de su padre.

En el dedo anular de su mano izquierda brillaba el magnífico anillo que Jaime la regaló por el nacimiento de su niño, encargándola que no le perdiese porque habia pertenecido á su madre y era un recuerdo sagrado.

Rosa creyó deber conservarle para devolvérsele algun dia cuando tuviera ocasion, y quitándosele del dedo, le colocó en una bolsita que llevaba al cuello, con algunas medallas de la Vírgen del Pilar, y los cabellos de su hijo.

Completamente tranquila por que iba á cumplir con su deber, Rosa ya no vaciló, emprendiendo á pié su camino, creyéndose tan fuerte como cuando tenia quince años que estaba acostumbrada á las fatigas del campo andando dos y tres leguas á veces sin la menor fatiga.

Serian las doce cuando dejó tras de sí, las tapias de Moralejo; la infeliz ni habia comido, ni se la ocurrió tomar un pedazo de pan; ni quiso siquiera llevar un maravedí, del dinero que consideraba como el precio de su deshonra.

Tenia que andar tres leguas para ir á casa de su padre, y no tuvo en cuenta su falta de fuerzas, producida por la enfermedad que acababa de pasar, ni la debilidad de su estómago vacío, que no se conformaba con los escrúpulos de aquella conciencia timorata.

La nueva Magdalena se creia muy fuerte, juzgando que el valor moral supliria á la falta de fuerzas físicas; pero se engañó, y tuvo necesidad de sentarse muchas veces en el camino.

El sol descolorido y sin calor ninguno estaba ya ocultándose en el occidente y Rosa aterida de frio, y con los piés llagados, sintiendo fuertes dolores en todos sus miembros, tuvo que guarecerse en una cabaña de pastores, pidiendo por amor de Dios que la dejasen calentarse un momento y la dieran un vaso de leche para acallar los insoportables ardores de su estómago.

Por fortuna aquellos pastores eran de su casa y la reco-

nocieron al momento; recordándola los dias de su niñez y los quince años que habia pasado entre ellos, en aquel monte donde era feliz con su inocencia y su honradez hasta que un infame caballero la sedujo con promesas de falso amor arrancándola de la casa paterna.

Rosa les contó su desgracia y su arrepentimiento, y el deseo que la guiaba de alcanzar el perdon de su padre; entonces el mas anciano dijo al muchacho que aparejase una borrica y fuese á llevar á la pobre Rosa á su casa, porque estaba anocheciendo y le faltaba casi una legua todavía que no podria ir á pié segun el estado de postracion en que se encontraba.

En efecto con aquel inesperado ausilio Rosa llegó al monte donde estaba la casa de labranza de su padre. Encontrándose ya allí, despidió al muchacho y apoyándose en su nudoso baston se dirigió sola por el sendero de carrascas que guiaba al sitio en que conoció á Jaime, donde acostumbraba á llevar su ganado.

La encina que los cobijaba con su sombra estaba allí, recordándola aquellos momentos que grabados en su alma no podria olvidar jamás. Fué la infeliz á arrodillarse bajo su frondosa copa, y luego como si le pareciera un crímen entregarse á los recuerdos de su pasada dicha se levantó precipitadamente encaminándose á la casa, en cuyos alrededores no habia nadie, solo los perros del ganado que la reconocieron y corrieron hácia ella llenándola de caricias y lamiendo sus manos con vivas demostraciones de alegría.

—Vosotros me amais todavía!... pobrecitos!... decia Rosa conmovida devolviéndoles sus caricias. Ah! que dicha la mia si mis padres me recibieran así!..

En la anchurosa cocina de la casa de labor estaban rezando el rosario cuando Rosa escoltada por los perros se presentó en el dintel de la puerta.

Allí se detuvo sin atreverse á penetrar. Nada habia cambiado, el mismo sitio conservaban todos los objetos, igual que cuando ella estaba en la casa.

A un lado del ancho portalon, estaba la cocina, de la que salia el murmullo del rezo, y se oia el chisporrotear de la lumbre que ardia en el hogar.

Al otro lado el cuarto de Rosa, cerrado con llave, sin duda desde que ella le abandonó no habia penetrado en él humana planta.

En frente la quesería, los tarros de la leche, las pleitas de hacer los quesos colgadas en las paredes, todo como si ella lo hubiera dejado el dia anterior.

Las fuerzas la faltaron y no tuvo valor para penetrar en la cocina, se detuvo y cayó en el suelo abrumada por el cansancio físico, y por el peso de sus emociones, que la tenian temblorosa y abatida.

Cuando concluyeron de rezar empezaron los pastores y criados de labranza seguidos de sus familias á salir en tropel, yéndose por la quesería á las corralizas donde tenian sus viviendas.

Ninguno se dirigió hácia la puerta donde Rosa estaba; pero á poco salió Anselmo seguido de su mujer, de un chico de tres años y otro de pecho que llevaba ella en los brazos. Se iban á su casa que la tenian á la entrada del monte, y al llegar á la puerta tropezaron con un bulto que se movia en el suelo.

La oscuridad de la noche los impidió al pronto recono-

cer á su hermana; pero ésta abrazándose á las rodillas de Anselmo le dijo con acento lastimero:

—Anselmo, querido hermano; soy yo, no me conoces?

—Tú!.. y quién eres tú?.. esclamó él bajándose para ver las facciones de la pobre mujer.

—Soy Rosa tu hermana; la que mecias en tus rodillas cuando niña!.. ¿no te acuerdas de mí?..

—Miserable!.. y te atreves á venir aquí?.. Márchate!.. márchate!.. si padre te vé te matará!.. dijo Anselmo.

—Por piedad, hermano; intercede por mí!.. háblale, y que me perdone... hazlo por caridad!..

—Quita!.. quita!.. tú no tienes vergüenza en volver á esta casa... Vamos, anda... déjame...

Y cogiendo al niño por la mano, empujó á su mujer, rechazó con aspereza á su hermana y echó á correr dejándola en tierra casi desfallecida.

CAPITULO XXXIX.

Dureza paternal.

Al oir aquella especie de plañidero lamento la mujer del tio Andrés, que dormitaba junto á la chimenea se levantó y salió al portal.

La luz que reflejaba de la cocina iluminó su apacible figura y Rosa la reconoció.

—Madre!... madre mia!... gritó al punto tendiendo hácia ella los brazos.

—Hija de mi corazon!... gritó la anciana corriendo hácia ella y estrechándola contra su pecho con la mas viva alegría.

¡Qué dulce momento para aquella infeliz que se estaba ahogando de angustia y de dolor!...

¡El corazon de una madre!

Dónde hay nada mas bello, mas grande, mas sublime que el sentimiento materno, reflejo celestial de todas las alegrías divinas y humanas!...

Para aquella buena madre su hija no era culpable, era

una desgraciada seducida por el espíritu del mal, á la que absolvió desde el primer dia, y si no fué á verla, sino corrió á su lecho de muerte cuando la dijeron que estaba tan enferma fué porque se lo impidió su marido, prohibiéndola bajo penas severas la mas pequeña muestra de indulgencia para con la mala hija que los llenó de vergüenza y de pesar.

Su primer impulso al verla allí, al sentir su voz que resonó en el fondo de su materno corazon, fué el de la mas síncera piedad, el del cariño profundo que siempre la habia tenido y el de la indulgencia mas completa.

El tio Andrés que oyó gemidos y sollozos y gritos entrecortados, salió de la cocina con el candil en la mano, que colgó en un clavo en el portal.

—¿Qué es esto?... ¿quién está aquí?... dijo con aspereza.

El tió Andrés era uno de estos aragoneses independientes, que tienen por norte y por Dios la honradez, que han hecho una pequeña fortuna amasada gota á gota con el sudor de su frente, y que no comprenden las pasiones de la flaca humanidad, ni otras costumbres que aquellas en que se han criado, y que son las mismas que han tenido todos sus antepasados.

El carácter de este hombre era duro, áspero é inflexible, no transigia con nadie en materias de honor y á su mismo padre hubiera puesto en la calle si no le hallaba digno de su buen nombre y á cubierto de toda mancha afrentosa. En su corazon de hierro inaccesible á la piedad no hallaban cabida los sentimientos de ternura, y muy poco podia prometerse la pobre Rosa del hombre que la dió el sér.

—¿Quién llora?... quién está aquí?... repitió con acento

mas duro aun, acercándose á las dos mujeres que lloraban abrazadas y separándolas violentamente.

Rosa entonces cayó de rodillas á sus piés, con el rostro lleno de lágrimas, los ojos suplicantes y las manos enlazadas y elevadas hácia él.

Con temblorosa voz le dijo:

—Padre mio!... soy muy desgraciada!... y vengo á implorar su perdon!...

—Eres tú?... y cómo te atreves hija indigna á pisar el hogar de tus padres que mancillas con tu inmunda planta?

—Perdon!... padre mio!... perdone usted un momento de estravío á su desgraciada hija!... he sido culpable, muy culpable por dejarme arrastrar de una pasion, pero estoy sinceramente arrepentida y lloraré esta falta toda mi vida con lágrimas de sangre!...

—Arrepentida!... rechinó el tio Andrés colérico, ¿y de qué me valdrá tu arrepentimiento despues que has envenenado mi existencia, marcando en mi honrada frente que se levantaba orgullosa en todas partes la afrentosa marca del deshonor?...

—Oh! padre mio!... yo me muero de dolor!...

—Despues de siete años!..... despues de haber pasado siete eternos años en la mas infamante crápula te atreves á venir á manchar nuestra honrada casa!..... Véte! y no me exasperes... y agradece que no te estrangule con mis propias manos.

—Andrés, por piedad!... que es nuestra hija!... le decia la pobre madre intercediendo con ardientes lágrimas.

—Cállate tú!... quién sabe si tus condescendencias la habrán perdido!...

La anciana bajó la cabeza sollozando y cubriéndose el rostro con las manos; ¿cómo se atrevería á replicar si el rostro de su marido estaba espantoso?... la ira le tornó lívido, sus ojos chispeaban, y de sus dientes apretados salian las palabras con un sonido gutural: un temblor nervioso estremecia todo su cuerpo.

—Yo emplearé el resto de mis dias en llorar mi falta; decia Rosa, siempre de rodillas, las aguas del arrepentimiento lavan el pecado y yo lavaré el mio con mi llanto.

Yo no he practicado el mal por instinto sino cegada por una pasion funesta; esta pasion ya no existe, y he sufrido mucho, he sido muy desgraciada y solo anhelo su perdon para morir en paz.

—Véte, infame!... Véte de mi casa, has deshonrado mis canas y no te puedo perdonar.

—Por el que murió en la cruz!... por la Santísima Vírgen del Pilar, perdóneme usted, padre mio!...

—¡Sacrílega!... no blasfemes poniendo tan sagrados nombres en tus labios corrompidos!...

—Ah! qué será de mí si usted me rechaza!... no tengo amparo en el mundo!... sola, abandonada.... despreciada...

—Justo castigo del cielo! espía tu falta! y no me irrites mas, véte y no te acuerdes de que tienes padres en el mundo.

Y el tio Andrés levantó á su hija del suelo y rechazándola la dejó fuera de la puerta donde cayó desfallecida.

—No seas tan cruel Andrés, que Dios te castigará... decia su mujer pretendiendo correr hácia su hija; pero él la metió dentro de la cocina y cerró la puerta.

Ella seguia sin embargo gritando desde adentro.

CAPTULO XLIII.

Rosa Torrente.

Decidme quién de vosotros me ha salvado la vida para declararle un ódio mortal!.. quiero saberlo, porque le he de aborrecer con mis cinco sentidos, decia Rosa tomando de manos del Curro la segunda taza de caldo.

Los dos bandidos que la servian se miraron el uno al otro temiendo si tendria pérdida la razon.

Chivato se colocó á la cabecera y quiso rodear el cuello de la jóven con sus brazos diciéndola:

—Yo te he salvado, hermosa; pero no me odiarás.

La taza de caldo hirviendo fué á parar al rostro de Chivato, arrojada con violencia por Rosa, que se incorporó sobre la cama.

El brazo del Curro estuvo tambien levantado para caer sobre él.

Rosa deteniéndole con un gesto esclamó:

—Sé yo defenderme!...

—Pero estás débil y no tienes armas; déjame tomar tu partido y no te ofenderán; desde el momento en que has venido á este campo estás bajo mi proteccion; dijo el Curro, sacando una pistola del cinto y montándola, adivinando alguna mala intencion en el Chivato que se limpiaba con mucha calma la sangre de las heridas que le hizo la taza al romperse sobre su frente.

Rosa que habia abusado de sus débiles fuerzas cayó sobre la almohada, dirigiendo á Juan el Curro una mirada de gratitud.

—Este es el pago que dan las mujeres; así son todas ¡ingratas!.. se vuelven como fieras á morder la mano que las acaricia; esclamó al fin Chivato golpeando con violenta ira en el suelo con el pié.

Lo que hacemos es castigar al que nos ofende, y si te crees que por que me has encontrado moribunda bajo una encina, vas ha disponer de mí te engañas: le contestó Rosa.

El Curro la miraba con admiracion; aquella mujer empezaba á interesarle.

—Tienes razon la dijo; ya hace rato que el Chivato ha indicado que le pertenecias.

—Y me pertenece, capitan, téngalo V. entendido, contestó Chivato.

—Silencio!... esclamó con autoridad el jefe, y véte de aquí.

—No me iré sin ella.

—Lo veremos.

Y el Curro le apuntó; pero ya Chivato habia echado á correr dirigiéndoles desde la puerta de la cocina miradas de ódio.

—Vaya un canguelo que lleva!... ves?... así los despacho yo; dijo á Rosa el capitan.

—Me gusta; veo que eres valiente y que te haces respetar; ahora haz el favor de darme una cosa mas sólida que una taza de caldo, porque tengo hambre y sed; ayer queria morir y me acosté con esa intencion bajo la encina; pero hoy encuentro la vida agradable y quiero vivir.

Rosa al decir esto y mientras el Curro se levantaba se apoderó de la pistola que dejó éste y la colocó á su lado, despues de haber examinado si jugaba bien el gatillo.

Juan sacó de una olla que habia en el fuego un gran trozo de gallina, lo puso en un plato y se lo llevó á la jóven.

Luego la dió pan y un vaso de vino.

—Hija, no tenemos otra cosa por hoy, y gracias al Lechuguino que se mete en los corrales por la noche y nos provee de gallinas.

—Basta con esto; dijo ella devorando la racion en pocos instantes.

Los facciosos que dormian se fueron despertando á medida que la luz del nuevo dia iluminaba la cocina: algunos se acercaban al fuego mirando con estraña curiosidad aquella hermosa mujer que comia con tanta franqueza como si hubiera estado en su casa, animándose á medida que tomaba fuerzas y conversando alegremente con el capitan.

Al pronto creyeron que seria amiga suya, y á un signo de éste se fueron retirando.

—Capitan, le dijo Rosa; despues de haberse comido hasta la última migaja de pan; no tengo familia, ni hogar;

ayer lo perdí todo en el mundo; quieres admitirme en tu partida?

Juan la miraba con asombro.

—No sé si sois bandidos ó facciosos; la boina me indica esto último; pero cualquier cosa que seais, me acomoda; me vestiré de hombre y seré uno de tantos; monto á caballo perfectamente, sé manejar las armas, tiro bastante bien y profeso un ódio á muerte á la humanidad, deseando hacer todo el mal que pueda; con qué, no os estorbaré.

—Tú serás la Reina en esta partida; manda y todos te obedeceremos: dijo Juan.

—Muchas gracias; solo deseo ser soldado y quiero que todos olviden mi sexo porque si hay alguno de los tuyos que se atreva como ese mequetrefe á recordármelo con sus galanterías, le salto la tapa de los sesos.

—Nadie te ofenderá, yo te lo juro.

—Está bien; en ese caso, dame un traje tuyo, me vestiré antes de que tu gente se aperciba de mi presencia.

—Esa precaucion es inútil; á estas horas todos saben que estás en la partida; pero no importa, te respetarán.

Rosa sentada habia empezado á colocarse el cabello de manera que pareciese melena.

Juan le alargó una boina.

—Nó; dijo rechazándola; dame un sombrero chambergo si tienes, que me oculte algo el rostro; no quiero ser facciosa.

Juan la dió un sombrero y un vestido completo de hombre y salió á revistar su gente dejándola sola en la cocina.

La hermosa jóven se trasformó en cinco minutos, y

como su estatura era tan arrogante parecia un gallardo mancebo de diez y ocho años.

Se puso al cuello un pañuelo de seda cogido con el magnífico anillo regalo de Jaime, que ya conocen nuestros lectores y cuando estuvo vestida empezó á dar paseos á lo largo de la cocina para ensayarse á andar con aquellas ropas ajustadas, que la sentaban admirablemente.

Se puso botas de montar, y se ciñó un cinto en el que tuvo buen cuidado de colocar las pistolas cargadas y un agudo puñal que encontró en una ventana.

Despues buscó entre un monton de armas una bonita escopeta, la que mas la gustó, y poniéndosela en el hombro con singular marcialidad volvió á sus paseos contemplándose con orgullo y como requebrándose á sí misma por su bizarra actitud.

—¡Ea! esclamaba con alborozo; ya soy otra mujer; ó mejor dicho, ya no soy mujer, soy hombre.

Estos bandidos han tenido mas caridad que los aristócratas que roban los hijos á sus madres, y mas que los cristianos que rezan el rosario y blasonan de hombres de bien y arrojan á sus hijas despiadadamente á los abismos de perdicion, negándoles un pedazo de pan y un rincon en su hogar en una noche de hielos.

Está bien; me habeis despreciado; pero yo os aborrezco: pagasteis amor con agravios, la recíproca es natural, yo os ódio y os desprecio á mi vez.

Ahora verás orgulloso aristócrata, quien es Rosa Torrente; pero no quiero servir á tu odioso partido, es preciso que nos veamos en opuestas filas, y yo necesito hacer que esta gente se vuelva liberal.

A las mismas entrañas de la tierra iria yo á buscarte para recobrar mi hijo y beber tu sangre despues, miserable corazon de cieno oculto entre orgullosos blasones!... ah! yo te buscaré.

Rosa en su delirio estaba admirablemente bella, pálida, nerviosa, esbelta y con la gracia que le prestaban los bombachos el sombrero chambergo y la escopeta al hombro, no era conocida.

Cogió una preciosa manta jerezana y terciándosela con inimitable encanto, salió á la puerta de la cocina y tendió una mirada en su derredor.

El capitan habia concluido de revistar su gente hallándose esta en grupos, conversando unos y otros tomando aguardiente, y casi todos con la atencion puesta en el Lechuguino que estaba bajo una encina tiritando de frio, procurando matar una gallina, que ya tenia medio pelada y se le habia escapado dos veces.

Con este motivo las chanzonetas y la algazara de la tropa era general.

En el momento en que la gallina se le escapó por tercera vez, y echó á correr ya despojada de la pluma Rosa se adelantó y le dijo:

—Cójela y tráela que yo la mataré.

El muchacho alzó la cabeza y miró con asombro aquel hermoso mancebo.

—De dónde habrá salido éste!... esclamó.

Toda la tropa se quedó mirando al recien llegado; Juan el Curro se adelantó á felicitarla por lo bien disfrazada que estaba alabando su porte y marcialidad.

—Aquí está la gallina; dijo el Lechuguino.

—La vas á tener tú y yo la mataré con mi escopeta á cincuenta pasos: dijo Rosa poniéndola en actitud conveniente con el brazo estendido.

—Vírgen del Cármen!... me va V. á matar á mí.

—Si tiemblas y eres cobarde, desde luego; has de estar firme, sin moverte, impávido... mira que al menor signo de miedo que en tí vea te apunto al corazon.

—Capitan!... por Dios sálvame V!... este hombre es feroz!... gimió el muchacho que estaba medio desnudo y tiritaba de frio.

—Obedece: le dijo el Curro encantado de aquella broma de Rosa.

—Pero si me va á matar!...

—Un pillastre menos; ¡ea! en guardia.

Rosa empezó á medir cincuenta pasos y se echó la escopeta á la cara.

Toda la tropa formó detrás de ella mirándola con admiracion y preguntándose unos á otros de dónde habia salido aquel mancebo tan guapo.

El Curro se quedó cerca del chico obligándole á colocarse en una postura conveniente, teniendo la gallina en la mano derecha y el brazo en posicion horizontal.

—Quieto!... no tiembles; le gritó Rosa; voy á cortar la cabeza á la gallina.

El frio intenso que antes sentia el pobre chico se habia cambiado en calor por efecto del súbito miedo que le acometió.

Sudaba copiosamente; pero no se movió.

Rosa soltó el tiro y la bala llevándose la cabeza de la

gallina se fué á clavar en el tronco de una carrasca inmediata.

Un hurra inmenso salió de todas las bocas.

Los bandidos colmaron el aire con sus gritos de admiracion y de entusiasmo, el Curro estrechando la mano de la jóven esclamó:

—Bravo!... bravísimo!... eres un valiente!...

El Chivato se acercó á ella y mirándola con la mayor sorpresa la preguntó:

—Pero V. es la señora que estaba moribunda esta mañana?... perdone V. la pregunta; pero estoy absorto.

—Yo soy; quiere V. algo?... ahora tengo en la mano otro juguete mas sólido que una taza de caldo, contestó Rosa.

—Muchas gracias; no quiero nada de V; pero esa escopeta es mia; dijo examinándola con la vista sin atreverse á tocarla.

—Pues ahora me pertenece; busca otra Chivato, y seremos amigos; al fin me has salvado la vida.

—Con mucho gusto.

—Pues vengan esos cinco!... dijo Rosa estrechando la mano del bandido.

Luego volviéndose hácia la tropa esclamó:

—Muchachos me admitís por compañero?

—Sí; sí!..... admitido; gritaron todos con grandes aplausos.

—Y tú, capitan? dijo volviéndose hácia el Curro.

—Yo rindo mis armas ante tí; contestó él quitándose la boina y echándola á sus piés.

—Corriente, os voy á decir cuál es mi programa.

Odio á la humanidad, guerra á los ricos y á los aristócratas!... Guerra sin cuartel á todos los devotos que recen el rosario y tengan entrañas de piedra. Proteccion á los pobres y desvalidos, amparo completo á los débiles y á los niños!...

—Os agrada?...

—Sí; sí; ódio á los ricos!... guerra á los aristócratas!... gritaron todos con entusiasmo.

—Pues abajo las boinas y viva nuestra capitana. Cómo te llamas?... esclamó el Curro completamente dominado por aquella mujer tan admirable, como bella.

—Rosa Torrente.

—Viva Rosa Torrente!... y ódio á los ricos!... gritaron unánimes con algazara general.